

CHIANG KAI CHEK EL HOMBRE QUE ESPERA

Por las mañanas, el Generalísimo Chiang Kai Chek da a veces un paseo por su isla-fortaleza de Formosa, se aproxima a los acantilados y, sentado en una silla de campaña, contempla con unos poderosos anteojos la costa de la China continental: el paraíso perdido. Hace aún poco tiempo podía creerlo perdido para siempre. El reconocimiento por parte de Francia a la China comunista, los sucesivos intentos de introducirla en la ONU, las vacilaciones americanas, le habían ido llevando a la conclusión pesimista de que todo estaba perdido y que podía apenas aspirar a seguir conservando este jirón de tierra china en el mar, estos 36.000 kilómetros cuadrados donde impera, con la ayuda americana, sobre 12 millones de habitantes. La «revolución cultural», los desórdenes de los guardias rojos, la lucha entre facciones, le han dado de pronto la vida. Chiang Kai Chek vuelve a esperar su regreso. El 23 de enero, desde Taipeh, lanzaba un llamamiento a los chinos continentales para que «aprovechasen el caos actual y se desembarazasen del régimen comunista». Al mismo tiempo, su vicepresidente —y sucesor legal—, Yen, se dirigía al mundo anticomunista: «Hay que aprovechar —decía— las circunstancias actuales para abatir el régimen del telón de bambú y arrancar de cuajo la simiente de un holocausto nuclear». Era el principio de una gran ofensiva diplomática. Los embajadores de Chiang, en los países donde aún existen, y los agentes en los otros, intentaban una nueva movilización en favor de su causa. Se dirigían a los diplomáticos chinos comunistas reclamados por Pekín para hacerles tomar parte en la «revolución cultural», y les decían: «No volváis: vais a ser víctimas de una purga sangrienta. Este es el momento en que podéis elegir el abandono del comunismo chino». Chiang Kai Chek tiene ya más de ochenta años (nació en 1886). El tiempo se le va de las manos.

Toda su vida la ha dedicado al anticomunismo, y al comunismo le ha puesto un solo nombre: Mao Se Tung. Su enemistad personal dura desde hace más de cincuenta años. En 1913, Chiang Kai Chek había organizado el «Kuomintang» —una especie de federación de partidos nacionalistas—, por orden de Sun Yat Sen. Chiang era un hombre de apariencia torpe, educado en una

Universidad metodista, hablando inglés con un exagerado acento americano, pero dotado de excelentes condiciones de organizador. El mismo año, el estudiante Mao Se Tung —y el estudiante Liu Chao Chi, su compañero—, que se preparaba lenta y perezosamente para el ingreso en la escuela administrativa, había persuadido al gobernador de Hunan que intentase una sublevación; al gobernador le habían cortado la cabeza y Mao había emprendido la creación de un partido, una especie de Liga Espartaquista. Se dice que entonces recorrió a pie 6.000 kilómetros en busca de adeptos. Practicaba el «cross», la natación, el alpinismo. Mao y Chiang comenzaron entonces su enemistad, que se declaró netamente en el momento en que triunfó la revolución comunista en la URSS. Mao fundó el partido chino. Según la historia oficial, un día de 1920 conversaba Mao con el profesor Tchen —escritor, economista, estudiante de Marx—, a quien dijo: «¿Por qué no hay partido comunista en China?». Tchen respondió: «Nuestro país lo necesita. Debería-



Hoy por hoy Mao sigue en China y Chiang Kai Chek en Formosa. En la foto, una joven de la guardia roja impone a Mao un brazalete de honor.

mos fundarlo». Mao, tras una reflexión: «Si hubiese partido comunista aquí, yo creo que me adheriría». Y Tchen exclamó: «Vamos a fundarlo juntos». Y así lo hicieron. La reacción de Sun Yat Sen y de Chiang Kai Chek fue inmediata. Sun declaró que «el comunismo no es aplicable a los chinos». Chiang estudió las tácticas de combate. La más inteligente que se le ocurrió fue reconvertir el «Kuomintang» en una especie de partido comunista pero sin comunismo o, más exactamente, dedicado al anticomunismo. Es decir, copió toda la organización interna comunista, que le pareció eficazísima —buró político, comité central, células, comisarios, comités regionales—, pero henchido de doctrina antimarxista. La lucha se planteó en términos de muerte. Chiang llegó a ser implacable con los comunistas —las matanzas están relatadas ampliamente en «La condición humana» y en otros libros de André Malraux, testigo presencial— y, en una de ellas, murió la primera esposa de Mao. En una redada cayeron algunos de los principales jefes comunistas. Mao fue reconocido y llevado aparte para ser interrogado; pero consiguió escapar. En la calle vio pasar una cuerda de presos, y entre ellos su mujer. Desde lejos vio cómo la sentaban en la silla de tortura y la mataban con garrote. De aquel trágico momento dejó escrito un poema: «Me he cortado las manos con la cuerda del garrote, pero no ha salido una sola gota de sangre; en lugar de sangre, he visto cómo huía de mí toda la piedad». En efecto, Mao había roto con sus propias manos la cuerda con que había sido estrangulada su mujer...

Toda la historia contemporánea de China se puede relatar al mismo tiempo que la biografía de estos dos hombres y el relato de su enemistad. El odio a Mao y el anticomunismo fanático impidió, incluso, un cambio radical de la situación de China cuando en diciembre de 1946 los Estados Unidos —misión del general Marshall— trataron de convencer a Chiang que aceptase un pacto, al menos provisional, entre el «Kuomintang» y el comunismo. Chiang se negó y Marshall regresó a Washington calificándole de «corrompido, débil, desacreditado». Otro general americano, Douglas Mac Arthur, que años más tarde quería lanzar

por JUAN
ALDEBARAN



Chiang Kai Chek se asoma diariamente a la costa de Formosa y escruta la costa del continente «perdido». El tiempo se le va de las manos. Las luchas intestinas en China han renovado sus esperanzas de volver y desquitarse de la derrota de 1949.

la bomba atómica sobre China y sería destituido por Truman, propondría una política distinta: ayudar a Chiang en «su campaña definitiva para barrer a los bandidos comunistas». Los Estados Unidos se apresuraron entonces a firmar un tratado de amistad, comercio y navegación: es decir, a ayudarlo directamente en la guerra. Inmediatamente, la URSS apoyó a Mao, «combatiendo contra el imperialismo fascista». Los Estados Unidos habían apuntado a la carta destinada a perder, lo que iba a ocurrir en 1949 cuando Chiang se vio obligado a huir a Formosa. A los Estados Unidos esta baza mala les había costado unos 2.500 millones de dólares, muchos de los cuales habían desaparecido en la corrupción de los «señores de la guerra». Pero ya jamás se volvieron atrás en su apoyo a Chiang. Quizá, en algún momento, en contra de la voluntad de éste. Se dice que Mao llegó a ofrecerle la Vicepresidencia del Gobierno si accedía a unir Formosa al continente y se desembarazaba de los americanos, pero éstos no lo permitían ya.

Hace más de diecisiete años que Chiang espera el regreso. Pero en torno suyo se abre la batalla de la sucesión. El fenómeno es paralelo. Puede atribuirse todo lo que está ocurriendo en Pekín a la conquista, en vida de él, del poder de Mao. En Taipeh, capital de Formosa, la sucesión se desarrolla en la calma. Los dos viejos enemigos declinan al mismo tiempo, sin haber visto caer su odio ni un solo momento.

El sucesor oficial de Chiang Kai Chek es Yen. C. K. Yen, primer ministro y vicepresidente, es un economista suave y bien educado, un excelente funcionario que ha pasado su vida en el avispero de la política china creándose el menor número de ene-

migos posible y tratando de unir las distintas facciones del «Kuomintang». Es un buen segundo, pero nadie cree que en el momento clave pudiera hacerse cargo del poder: se le tiene por poco representativo. La mayoría de las opiniones se inclinan por el general Ching Chu Kuo. Este general tiene una baza a su favor: es el hijo mayor de Chiang Kai Chek. Tiene 56 años, una gran experiencia política, una preparación militar importante adquirida en la URSS, donde pasó largos años de estudio —pero no ratificada en los campos de batalla—, y parece que controla el ejército, las fuerzas de seguridad y la policía secreta. Se ha mantenido ligeramente separado de la publicidad; pero desde hace algún tiempo emerge, surge en los desfiles, preside asociaciones juveniles. Se dice que ha situado en puestos clave del ejército a sus mejores amigos. Pero en este caso, como pasa tantas veces, el problema se plantea en que Chiang ha sido un hombre demasiado fuerte, demasiado personal, demasiado importante en la historia de China, y nadie ve a otro en su lugar. Ni siquiera a su propio hijo, aplastado por la personalidad del padre, cuya irradiación ha impedido que aparezcan otras figuras políticas en el seno del «Kuomintang».

Otro problema aparece pendiente en Formosa para el momento en que Chiang desaparezca. En la isla existe un sentimiento separatista. Formosa tiene doce millones de habitantes. Diez son autóctonos, formosanos; los otros dos llegaron del continente en el exilio de 1949 y se hicieron cargo de todo el poder, con evidente disgusto de los isleños. Formosa tiene una historia propia. Poblada en su origen por la raza malaya —de la que aún quedan en el interior unos cien mil habitantes—, recibió la cultura chi-

na desde el siglo XVII; en 1895 la conquistaron los japoneses y la ocuparon durante cincuenta años, dejando en ella un poderoso sedimento nipón. En 1945 volvió a China; y a partir de 1949 el exilio de Chiang le dio una estructura americana, mediante una ayuda no sólo abundante, sino, esta vez, eficaz, mediante una reforma agraria y una industrialización importante. Pero su situación militante frente al continente, las condiciones humanas de Chiang Kai Chek y las típicas de la ayuda americana la han convertido en una fortaleza militar: un ejército de 700.000 hombres (un formosano adulto de cada cinco es soldado); un ochenta por ciento del presupuesto, dedicado a fines militares. Formosa es un vasto cuartel.

Muchos formosanos preconizan la independencia total de la isla, la creación de una nación independiente de China —comunista o anticomunista— y la adscripción al neutralismo. Se basan en el temor de ser las primeras víctimas de una guerra atómica y en la seguridad de que serían una nación rica. Chiang reprime con dureza estos intentos. Pero nadie sabe con qué fuerza gritarán el día en que el dictador no esté en vida.

En Taipeh se vive ahora con la tensión de que se están produciendo instantes históricos. No todo el mundo tiene la ilusión que sostiene a Chiang de que los acontecimientos del continente pueden precipitar el regreso de los exiliados; pero sí se espera que del resultado de la «revolución cultural» y de la contrarrevolución, de lo que pase en el Vietnam, de la posible reconversión de la política de Estados Unidos con respecto a Asia y del final biológico de Chiang Kai Chek dependerá en lo inmediato la vida de Formosa.